

La amante de Wittgenstein

DAVID MARKSON

TRADUCCIÓN DE MARIANO PEYROU



sextopiso

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Título original
Wittgenstein's Mistress

Copyright © DAVID MARKSON, 1988

Primera edición: 2022

Traducción

© MARIANO PEYROU

Imagen de portada

© RIKI BLANCO

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S. A. DE C. V., 2022

América, 109,

Parque San Andrés, Coyoacán

04040, Ciudad de México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.

C/ Los Madrazo, 24, semisótano izquierda

28014, Madrid, España

www.sextopiso.com

Diseño

ESTUDIO JOAQUÍN GALLEGO

Formación

GRAFIME

Impresión

COFÁS

ISBN: 978-84-18342-87-5

Depósito legal: M-10199-2022

Impreso en España

Para Joan Semmel

Qué cambio tan extraordinario tiene lugar [...] cuando por primera vez el hecho de que todo depende de cómo se piense una cosa al principio entra en la conciencia, cuando, como consecuencia, el pensamiento en su dimensión absoluta sustituye a la realidad aparente.

KIERKEGAARD

Cuando yo todavía dudaba de su capacidad, le pedí su opinión a G. E. Moore. «Lo cierto es que pienso muy bien de él», contestó Moore. Cuando le pregunté el motivo de esa opinión, dijo que se debía a que Wittgenstein era el único hombre que parecía perplejo en sus conferencias.

BERTRAND RUSSELL

Puedo entender muy bien por qué a los niños les encanta la arena.

WITTGENSTEIN

En el principio, a veces yo dejaba mensajes en la calle.

Hay alguien viviendo en el Louvre, decían algunos de los mensajes. O en la National Gallery.

Por supuesto, únicamente podían decir eso cuando yo estaba en París o en Londres. Hay alguien viviendo en el Metropolitan, dirían cuando yo todavía estaba en Nueva York.

Nadie vino, claro. Al final, paré de dejar los mensajes.

La verdad es que quizá dejara apenas tres o cuatro mensajes en total.

No tengo la menor idea de cuánto hace de todo esto. Si tuviera que decir algo, creo que diría que fue hace unos diez años.

Probablemente fuese hace bastante más tiempo, sin embargo.

Y, desde luego, estuve bastante desequilibrada durante un tiempo, en esa época.

No sé durante cuánto tiempo, pero durante cierto tiempo.

Tiempos inmemoriales. Es una expresión que sospecho que quizá nunca haya entendido bien, ahora que la uso.

¿Tiempos inmemoriales significa un desequilibrio por falta de memoria o significa simplemente una época olvidada?

Pero en cualquier caso había pocas dudas sobre mi locura. Como aquella vez en que cogí el coche y me fui hasta un rincón perdido de Turquía para visitar el emplazamiento de la antigua Troya.

Y por alguna razón deseaba especialmente ver el río, sobre el que también había leído, y que ahí fluía hacia el mar pasando junto a la ciudadela.

He olvidado el nombre del río, que en realidad era un arroyuelo lleno de lodo.

Y en cualquier caso no me refiero a ir hacia el mar, sino hacia los Dardanelos, que antes se llamaba el Helesponto.

El nombre de Troya, por supuesto, también ha cambiado. Hisarlik es como se llama ahora.

En varios sentidos, mi viaje fue decepcionante; el emplazamiento era sorprendentemente pequeño. Un poco más grande que la típica manzana de edificios de una ciudad, con bloques de pocas plantas de altura.

De todos modos, desde las ruinas se podía ver el monte Ida, a lo lejos.

Incluso a finales de la primavera había nieve en la montaña.

Alguien fue allí a morir, creo, en una de las antiguas plantas. París, quizá.

Me refiero al París que había sido amante de Helena, por supuesto. Y que fue herido cerca del final de aquella guerra.

De hecho, era Helena en quien más pensaba yo cuando estaba en Troya.

Estaba a punto de añadir que incluso soñé, durante un rato, que los navíos griegos seguían encallados allí.

Bueno, habría sido un sueño bastante inofensivo.

Desde Hisarlik el mar está como a una hora andando. Lo que tenía planeado hacer después era coger un bote de remos cualquiera para cruzar al otro lado y luego seguir en coche hacia Europa a través de Yugoslavia.

Probablemente me refiera a Yugoslavia. En todo caso, a ese lado del canal hay monumentos a los soldados que murieron allí en la Primera Guerra Mundial.

Del lado donde está Troya hay un monumento donde fue enterrado Aquiles hace tantísimo tiempo.

Bueno, dicen que ahí es donde fue enterrado Aquiles.

En cualquier caso, me parece extraordinario que unos jóvenes muriesen allí en una guerra hace tanto tiempo y que después muriesen en el mismo lugar tres mil años después.

Pero sea como fuere, cambié de idea con respecto a cruzar el Helesponto. Me refiero a los Dardanelos. Lo que hice en vez de eso fue elegir una lancha motora e ir pasando por las islas griegas y Atenas.

Aunque solo tenía una página arrancada de un atlas a modo de carta náutica, tarde únicamente dos días en llegar a Grecia, y sin darme ninguna prisa. Mucho de lo que se cuenta sobre aquella antigua guerra es sin duda una gran exageración.

De todos modos, algunas cosas pueden tocarnos la fibra sensible.

Como por ejemplo, un día o dos después de eso, ver el Partenón bajo el sol de la tarde.

Fue durante ese invierno cuando viví en el Louvre, creo. Quemaba antigüedades y marcos de cuadros para calentarme en una habitación mal ventilada.

Pero después, con las primeras señales del deshielo, cambiando de vehículo cuando me quedaba sin gasolina, volví a atravesar el centro de Rusia para regresar a casa.

Todo esto es indudablemente cierto, aunque como ya he dicho sucedió hace tiempo. Y aunque, como también he dicho, tal vez estuviera loca.

Pero en realidad no estoy del todo segura de si estaba loca cuando cogí el coche y me fui a México, antes de esto.

Probablemente antes de esto. Para visitar la tumba de un niño que había perdido, mucho antes incluso de todo esto, llamado Adam.

¿Por qué he escrito que se llamaba Adam?

Simon era como se llamaba mi niño.

Tiempos inmemoriales. ¿Significa que una puede olvidar momentáneamente el nombre de su único hijo, que ahora tendría treinta años?

No, me parece que treinta no. Digamos veintiséis, o veintisiete.

¿Entonces yo tengo cincuenta?

Únicamente hay un espejo, aquí, en esta casa, en esta playa. Quizá el espejo diga cincuenta.

Mis manos lo dicen. Ha llegado a notarse en el dorso de mis manos.

Por otra parte, sigo menstruando. De manera irregular, con lo que a veces dura semanas, pero luego no vuelve a ocurrir hasta que ya casi me he olvidado del tema.

Quizá no tenga más de cuarenta y siete o cuarenta y ocho años. Estoy convencida de que una vez intenté crear un sistema provisional para llevar la cuenta, probablemente de los meses, y sin duda de las estaciones. Pero ni siquiera recuerdo en qué momento fui consciente de que había perdido la cuenta.

En cualquier caso, creo que estaba cerca de cumplir cuarenta cuando empezó todo esto.

Mi forma de dejar esos mensajes era con pintura blanca. En enormes letras mayúsculas, en los cruces de las calles, donde los vieses todos los que pasaran por allí.

También quemé antigüedades y algunos otros objetos cuando estuve en el Metropolitan, por supuesto.

Bueno, ahí tenía un fuego ardiendo constantemente, en invierno.

Ese fuego era distinto del fuego que tenía en el Louvre. El sitio donde encendí el fuego en el Metropolitan era en ese vestíbulo enorme, por donde se entra y se sale.

La verdad es que también construí una chimenea de estufa, muy alta, encima del fuego. Para redirigir el humo hacia las claraboyas que había muy por encima.

Lo que tuve que hacer fue abrir unos agujeros en la claraboya, cuando terminé de construir la chimenea.

Lo hice con una pistola, con mucho esmero, desde una de las galerías para crear un ángulo que permitiera que saliese el humo pero no que entrase la lluvia.

La lluvia entraba. No mucha, pero un poco de lluvia sí.

Bueno, al final acabó entrando también por otras ventanas, cuando se rompieron solas. O por el mal tiempo.

Las ventanas siguen rompiéndose. Hay varias rotas aquí, en esta casa.

Ahora, de todos modos, es verano. Y además, a mí no me molesta la lluvia.

Desde la planta de arriba se ve el mar. Aquí abajo hay dunas, que tapan la vista.

En realidad, esta es mi segunda casa en esta playa. La primera, la dejé reducida a cenizas. Todavía no estoy segura de cómo sucedió, aunque tal vez estuviera cocinando. Fui a orinar a las dunas un momento y cuando volví la vista, todo estaba en llamas.

Estas casas de playa son todas de madera, claro. Lo único que podía hacer era sentarme en las dunas y mirar cómo ardía. Estuvo ardiendo toda la noche.

Todavía me fijo en la casa incendiada, por las mañanas, cuando paseo por la playa.

Bueno, evidentemente no me fijo en la casa. En lo que me fijo es en lo que queda de la casa.

Tenemos tendencia a pensar en que una casa es una casa, en todo caso, aunque no quede mucho de ella.

Esta ha envejecido bastante bien, ahora que lo pienso. Las próximas nieves serán las terceras que paso aquí, creo.

Probablemente debería hacer una lista de los otros sitios en los que he estado, aunque sea solo para mi propia instrucción. Me refiero a empezar con mi antiguo apartamento del SoHo, antes del Metropolitan. Y luego mis viajes.

Aunque sin duda a estas alturas he perdido la cuenta de muchas cosas.

De lo que sí me acuerdo es de estar sentada una mañana en un automóvil con el volante a la derecha observando cómo Stratford-on-Avon se llenaba de nieve, lo cual sin duda debe ser poco habitual.

Bueno, y una vez, ese mismo verano, que casi me atropella un coche que no conducía nadie y que bajaba rodando por una colina cerca de Hampstead Heath.

Lo de ese coche que no conducía nadie y que bajó por la colina tiene una explicación.

Y la explicación es la colina, evidentemente.

Ese coche también tenía el volante a la derecha. Aunque quizá eso no sea especialmente relevante para nada.

Y en cualquier caso, puede que me haya equivocado, antes, cuando dije que dejé un mensaje en la calle diciendo que había alguien viviendo en la National Gallery.

Donde vivía en Londres era en la Tate Gallery, donde hay tantos cuadros de Joseph Mallord William Turner.

Estoy bastante segura de que vivía en la Tate.

Esto también tiene una explicación. Y la explicación es que se puede ver el río desde ahí.

Si una vive sola, tiende a preferir un sitio con vistas al agua.

Y además siempre he admirado a Turner, en todo caso. De hecho, sus cuadros de paisajes acuáticos quizá hayan influido en mi decisión.

Una vez Turner se hizo atar al mástil de un barco durante varias horas, en medio de una tormenta terrible, para luego poder pintar la tormenta.

Evidentemente, no era la propia tormenta lo que Turner pretendía pintar. Lo que pretendía pintar era una representación de la tormenta.

El lenguaje de una suele caer en ese tipo de imprecisiones, según he descubierto.

De hecho, la historia de Turner atado al mástil me recuerda a algo, aunque no puedo recordar a qué me recuerda.

Tampoco soy capaz de recordar qué clase de fuego tenía en la Tate.

En el Rijksmuseum de Ámsterdam saqué *La ronda de noche* de Rembrandt de su marco cuando intentaba entrar en calor también allí, por cierto.

Estoy bastante segura de que en esa época también tenía la intención de ir a Madrid, ya que en el Prado hay un cuadro de Rogier van der Weyden, *El descendimiento de la cruz*, que quería volver a ver. Pero por algún motivo, en Burdeos cambié de coche y me monté en uno que iba en la dirección contraria.

Aunque quizá sí que hubiera cruzado la frontera española y llegado hasta Pamplona.

Bueno, en esa época solía hacer cosas imprevisibles, como ya he dicho. Una vez, desde lo alto de la escalinata de la plaza de España de Roma, por ninguna razón salvo que me había topado con una camioneta Volkswagen llena de ellas, solté cientos de pelotas de tenis que cayeron rebotando una tras otras hasta abajo, siguiendo todas las trayectorias posibles.

Mientras, observaba cómo caían sobre pequeñas irregularidades o partes desgastadas de la piedra y cambiaban de dirección, o trataba de adivinar hasta qué parte de la *piazza* que había abajo llegaría cada una de ellas.

De hecho, algunas de ellas fueron rebotando en diagonal hasta impactar contra la casa en la que murió John Keats.

Hay una placa en esa casa que dice que John Keats murió allí.

La placa está en italiano, por supuesto. Giovanni Keats, lo llama.

El nombre del río que pasa por Hisarlik es el Escamandro, me acabo de acordar.

En la *Ilíada*, de Homero, se dice que es un río poderoso.

Bueno, quizá lo fuera en algún momento. En tres mil años pueden cambiar muchas cosas.

En cualquier caso, instalada una tarde en los muros excavados y contemplando el canal desde lo alto, sentí casi con seguridad que a lo largo de la costa se podían ver las hogueras que los griegos encendían por la noche.

Bueno, como ya he dicho, quizá en realidad no me permitiera pensar eso.

De todos modos, algunas cosas son lo bastante inofensivas como para que podamos pensarlas.

A la mañana siguiente, cuando amaneció, me sentí muy feliz al pensar que aquella era una aurora de dedos rosados, por ejemplo. Aunque el cielo estaba nublado.

Cambiando de tema, acabo de tomarme una pausa para hacer de vientre. Eso no lo hago en las dunas, sino junto al mar, donde la marea luego lo limpia.

De camino, paré primero en el bosque que hay al lado de la casa para coger unas hojas.

Y después fui a buscar agua a mi fuente, que está a unos cien pasos yendo por el camino que hay en la dirección opuesta a la playa.

También tengo un arroyuelo. Aunque no se parece al Támesis.

A la Tate sí que me llevaba el agua del río, de todos modos. Ya hace bastante tiempo que una es capaz de hacer esa clase de cosas.

Bueno, una podría beber agua del Arno, en Florencia, en la época en la que viví en la Uffizi. O del Sena, cuando llevaba un cántaro al muelle desde el Louvre.

En el principio yo únicamente bebía agua embotellada, por supuesto.

En el principio yo también tenía accesorios. Como generadores, para usarlos con aparatos eléctricos de calefacción.

El agua y el calor eran lo esencial, claro.

No recuerdo qué vino primero, si volverme experta en mantener encendidos los fuegos, y deshacerme de esa clase de aparatos, o descubrir que una podía beber cualquier agua que quisiera de nuevo.

Quizá volverme experta en fuegos viniese primero. Aunque he dejado dos casas reducidas a cenizas a lo largo de los años.

La más reciente, como ya he señalado, fue por accidente.

Por qué quemé la primera es algo en lo que preferiría no profundizar demasiado. Pero lo hice bastante deliberadamente.

Fue en México, la mañana en que había visitado la tumba del pobre Simon.

Bueno, fue la casa en la que habíamos vivido todos. Yo creía sinceramente que había planeado quedarme, durante un tiempo.

Lo que hice fue derramar gasolina por toda la antigua habitación de Simon.

Durante una buena parte de la mañana, seguía viendo el humo ascendiendo por el espejo retrovisor.

Ahora tengo dos chimeneas enormes. Aquí en esta casa junto al mar, digo. Y en la cocina, una obsoleta salamandra.

Le he cogido bastante cariño a la salamandra.

Simon tenía siete años, por cierto.

Cerca crecen frutos del bosque de todo tipo. Y a pocos minutos más allá de mi arroyuelo hay diversas verduras, en campos que en otra época se cultivaban pero que ahora, como es natural, están extremadamente descuidados.

Al otro lado de la ventana junto a la que estoy sentada, la brisa juguetea con diez mil hojas. La luz del sol se abre paso a través de los árboles y crea áreas brillantes y moteadas.

También crecen las flores profusamente.

Es un día adecuado para la música, de hecho, aunque no tengo forma de proporcionármela.

Durante años, allá donde estuviera solía ingeniármelas para tocar un poco. Pero cuando empecé a deshacerme de los aparatos, tuve que renunciar también a la música.

Básicamente, de lo que me deshacía era del equipaje. Bueno, de las cosas.

De vez en cuando, resulta que una oye alguna música en su cabeza, de todos modos.

Bueno, un fragmento de una cosa o de otra, en cualquier caso. De Antonio Vivaldi, por ejemplo. O de Joan Baez cantando.

No hace mucho tiempo incluso oí un pasaje de *Les Troyens* de Berlioz.

Cuando digo que lo oí es solo una forma de hablar, claro.

De todos modos, quizá siga llevando equipaje después de todo, a pesar de que creía que había dejado el equipaje atrás.

De cierto tipo. El equipaje que permanece en la cabeza de una, es decir, los restos de lo que una supo alguna vez.

Como las fechas de nacimiento de gente como Pablo Picasso o Jackson Pollock, por ejemplo, que estoy segura de que todavía podría recitar de memoria si quisiera.

O números de teléfono de hace muchísimos años.

Hay un teléfono aquí mismo, de hecho, a no más de tres o cuatro pasos de donde estoy sentada.

Por supuesto, me refería a números de teléfono que funcionen, de todas maneras.

Lo cierto es que hay un segundo teléfono en la planta de arriba, cerca del asiento de ventana acolchado desde el que veo ponerse el sol casi todas las tardes.

Los cojines, como tantas otras cosas aquí en la playa, huelen a moho. Incluso los días en que hace más calor se nota la humedad.

Los libros se estropean por su causa.

Los libros son una parte del equipaje del que me deshice, por cierto. Aunque siga habiendo muchos en esta casa, que estaban aquí cuando llegué.

Quizá debería decir que hay ocho habitaciones en la casa, aunque yo únicamente utilizo dos o tres.

De hecho, yo solía leer, en ciertos momentos, a lo largo de los años. Cuando estaba loca, sobre todo, leía mucho.

Un invierno, leí casi todas las antiguas obras de teatro griegas. Lo cierto es que las leía en voz alta. Y de arriba abajo, y cuando leía cada página por las dos caras, la arrancaba del libro y la tiraba al fuego.

A Esquilo y Sófocles y Eurípides los convertí en humo.

Es un modo de hablar, se podría pensar así.

Hablando de otro modo, se podría afirmar que fue con Helena y Clitemnestra y Electra con las que hice eso.

Por mucho que lo pienso, no tengo ni idea de por qué hacía eso.

Si hubiera entendido por qué hacía eso, es indudable que no habría estado loca.

Si no hubiera estado loca, es indudable que no habría hecho eso en absoluto.

No estoy del todo segura de que estas últimas dos oraciones tengan un sentido concreto.

En cualquier caso, tampoco recuerdo exactamente dónde leí las obras y quemé las páginas.